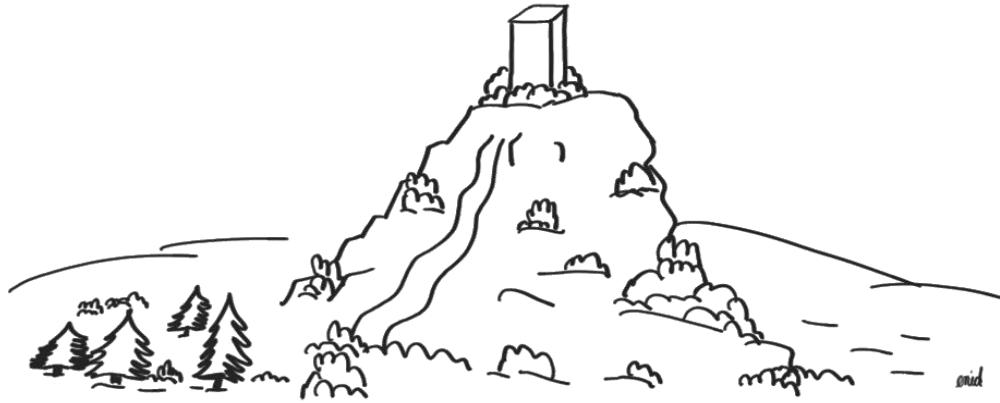


# Los Capellanes del Barrio Capellán



**H**ace un tiempo atrás, en una lejana isla, existía un pequeño barrio llamado Capellán. En la colina más alta y escarpada de la isla, se ubicaba el Hospital Único. El acceso al hospital era muy cuesta arriba, y ser atendido allí era muy caro. Todos los que llegaban, perdían su riqueza personal y se quedaban trabajando allí a cambio de la salvación.

Por esto, los capellanes de Capellán decidieron vivir de la mejor manera posible, ayudándose unos a otros. Nadie quería enfermarse. Pronto aprendieron que una actitud positiva, esfuerzo y ayuda mutua, les permitiría vivir sanamente, tanto física como emocionalmente.

La fama de los capellanes prontamente recorrió la isla. Personas de todos los lugares venían para aprender de su estilo de vida, y les invitaban a sus propios barrios y casas para que les enseñasen sus caminos.

Un día, un visitante peculiar llegó al barrio Capellán. No se veía pobre ni enfermo, más bien, rico y muy saludable. En sus ropas tenía el logo del Hospital Único. Venía cargado de presentes para los capellanes de Capellán. Con voz de líder y con mucho carisma, les convocó a todos y les dirigió estas palabras:

“Vuestra fama ha llegado lejos. Tan lejos como al Hospital Único. Es el deseo de todos allí que en todo lugar haya salud. Desde el Hospital os encomian por vuestro gran éxito.

Por eso me he ofrecido a venir hoy con este presente: pan dulce para todos. Pan, porque es la comida de los pobres y de los humildes de corazón, como vosotros sois. Y dulce, como vuestros corazones.”

Dejando su carga, el visitante se volvió por su camino. Regocijados, todos los capellanes comieron del pan.



Después de unos días, les comenzaron a salir manchas.

Pasaron los días y ya los capellanes de Capellán habían olvidado al visitante. Fue entonces cuando en sus cuerpos comenzaron a salir manchas rojas, primero, donde nadie las veía; pero luego, cubrían sus manos, sus pies y sus rostros.

Acostumbrados a ayudarse unos a otros, se consultaban una y otra vez sobre sus manchas. Se consolaban unos a otros diciendo: "yo también tengo las mismas manchas", "estas manchas nos hacen especiales", "deben ser el resultado de nuestro estricto estilo de vida saludable, por eso sólo nosotros las tenemos", y así por el estilo.

Pero un triste día todos los capellanes despertaron con el ardor de la fiebre y picor insoportable sobre su piel. Se rascaban irremediamente, hasta sangrar. Definitivamente, comprendieron que estaban muriendo y no sabían qué hacer.

Llevaron a cabo una corta asamblea de emergencia, en la que decidieron agarrar todo lo que pudieran cargar y que tuviera valor para ellos, y marchar juntos hacia el Hospital Único. Era un asunto de vida o muerte. Empezaron así, gravemente enfermos pero con determinación, su ruta hacia arriba.

Los de ellos que abrían el camino entre la espesura forestal, encontraron enredadas en la yerba mala unas ropas con el logo del Hospital Único. Sorprendidos y aprisa, las examinaron y confirmaron su temor: eran las ropas del visitante misterioso, y sólo teniéndolas tan cerca pudieron darse cuenta de que el logo era falso. No era más que un sofisticado disfraz; habían sido engañados y envenenados con su pan.

No se sabe si los capellanes lograron llegar a tiempo al Hospital Único; pues, si llegaron no hubieran podido regresar; y si no llegaron, el bosque los consumió. Lo único que queda de ellos son las minutas de las reuniones, ahora guardadas en el Museo de lo que un día fue el Barrio Capellán, donde se exaltaba la virtud del tacto para no ofender a nadie, el amor que cubre todas las faltas, y entre quienes las heridas siempre se curaban con liviandad.